



Café y otros lugares
Texto e ilustraciones de Pato Conde

Texto solapas y contraportada: Luca Sivori
Asesoramiento lingüístico: Begoña Méndez Seguí
Fotografía autor: Marga Grimalt

DL: PM 68-2015
Imprès a Xisco Art Gràfic - Palma

1a edició: febrer de 2015

Aquest llibre està registrat sota llicència Creative Commons by-nc-nd

Edicions del despropòsit
www.edicionsdeldesproposit.cat
edicions@desproposit.cat
C/ Passatemps, 82, bxs
07120 Son Sardinia
Illes Balears

CAFÉ Y OTROS
LUGARES
PATO CONDE

Incautación

Recuerdo aquella mañana como otra mañana cualquiera en aquel retiro. No había ocurrido nada especial que me hiciera sospechar lo que estaba pasando fuera. Desperté debajo de aquel edredón con muy pocas ganas de salir de la cama. La habitación estaba inundada por una luz blanca proveniente de un día nublado que no dibujaba ni una sombra. Me resultaba imposible seguir durmiendo, no tenía persianas, ni cortinas y solo un colchón acompañado de una pequeña mesa de luz decoraban aquella inmensa habitación. El suelo estaba frío, hizo que me diera prisa en llegar al baño, ducharme y vestirme. Sabía que iba a pasar el día entero en soledad dentro de aquellas paredes y, aún así, prefería estar vestido (nunca me gustó pasearme en ropa interior, supongo que el culpable era aquel sentimiento de lugar ajeno que nunca sentiría como “mi hogar”).

Me mudé a aquella urbanización buscando tranquilidad. No era un sitio realmente especial. Casas apiladas una tras otra, totalmente vacías producto de un falso crecimiento económico. Era el lugar perfecto. Mi única responsabilidad era llevar un sobre con quinientos sesenta euros el día cinco de cada mes a las manos de Enrique, mi casero, un inversor inmobiliario, amigo de mi padre, con el que arreglamos esa cantidad para poder cubrir los gastos de mi estancia. Solo él sabía que estaba ahí,

y le pedí absoluta discreción. No recuerdo exactamente cuántas casas había en aquel barrio alejado unos quince kilómetros del centro de la isla, pero alguien que iba por primera vez podía perderse en la monotonía y repetición de diseño que existía en cada calle, como si de un laberinto se tratase. Aquella simetría infinita de fachadas blancas hacía que cada vez que llegaba a la casa mirara el número en el portal, el treinta y tres; no quería acabar intentando abrir sin querer la puerta de algún vecino que seguramente ni siquiera estaba allí.

Llegué a contar unas seis personas diferentes que pasaban regularmente por mi calle. Seguramente eran vecinos. Era un barrio sin servicios, no teníamos ningún tipo de mercado donde hacer la compra, ni bar donde pasar las mañanas, por no tener no teníamos ni basureros que se encargaran de nuestros desperdicios. Mi único contacto con la realidad era internet y el paseo que hacía con mi camioneta hasta la ciudad cada martes para tirar las bolsas de basura y comprar comida. Necesitaba aquel retiro pseudo espiritual, no quería encontrarme a mí mismo ni mucho menos, solo ordenar algunas ideas y trabajar en calma.

Fui a la cocina, era mi lugar preferido, pasaba más tiempo ahí que en cualquier otro rincón de la casa. Prefería trabajar en lugares improvisados, odiaba aquellos en los que todo está dispuesto para la comodidad de una gran butaca, mesa y ordenador. Antes de encender el equipo de música puse un poco de café molido en la cafetera y la dejé encendida. Pasé por delante del ordenador portátil que estaba en la mesa cerca de la ventana y dejé caer un dedo por encima del teclado para activarlo. Tenía dos mails. Poco me interesaba así que lo dejé para más tarde. Me acerqué a la nevera para seguir preparando mi desayuno y descubrí que había un murmullo de dos personas, que rompían el silencio habitual. Venía de la calle.

Me senté a la mesa, delante del ordenador, a desayunar. Al principio no le di importancia, y no quería asomarme para que no me descubrieran e intentaran relacionarse, pero aquella conversación vecinal ya me estaba incomodando. Durante todos los días que había pasado en esa casa era la primera vez que escuchaba conversaciones en el exterior. No pude resistirlo más. Tenía que mirar. La ventana daba a la parte delantera de la casa. La fachada y la acera estaban separadas por diez metros exactos de césped y para atravesarlo había un caminito de piedras blancas. Al final de él se encontraban los tertulianos. Miraban el jardín, sorprendidos, embriagados de intriga ante lo que estaban viendo.

Abrí la ventana sin importar que el frío invadiera el reconfortante clima que había en el interior. Saqué medio cuerpo fuera sin dar crédito a lo que estaba viendo. Noté la mirada acusante de los transeúntes mientras hablaban en voz baja. Tardé muy pocos segundos en cerrar la ventana y salir corriendo a la calle. Cuando abrí la puerta de la entrada ellos salieron corriendo. No me importó en absoluto.

En medio del jardín había una columna. Parecía estar hecha de mármol, negro, opaco. No había indicios de que alguien la hubiese puesto, simplemente emergía. La base estaba enterrada en el césped, no era muy ancha pero se la veía sólida. Si no fuese así no podría aguantar aquel material que se elevaba a poco más de tres metros de altura. Me acerqué poco a poco. Tenía cuatro lados y se iba haciendo más estrecha a medida que ganaba altura. No tenía punta, la parte superior estaba redondeada al igual que sus aristas. Tenía una textura muy suave y, para mi sorpresa era mucho más cálida que la temperatura del exterior.

Mi café estaba caliente. La cafetera era buena y lo mantenía a la temperatura ideal durante horas. Lo serví en un vaso de cristal y me quedé apoyado en la ventana mirando la escultura; decidí que de momento sería eso, más que nada para empezar por algún lado. Estaba hipnotizado con la imagen exterior. La niebla gris bañaba las calles, reforzaba la monotonía de las fachadas pálidas de todo el vecindario, y lo único que rompía la simetría del paisaje era la línea vertical negra que se alojaba a unos metros de la entrada de mi casa.

Llamé a Enrique. Saltó el contestador. En realidad no me sorprendió: es de esas personas que nunca están atentas a las llamadas.

Pasé toda la mañana fuera, ningún vecino había vuelto a pasar. No pude aguantar las ganas de volver a tocarla, empujarla o intentar moverla, pero todo era inútil. Era el material más sólido y pesado con el que me había encontrado jamás. Ni siquiera emitía reflejos. Llegué a pensar que no era humano y que había llegado hasta ahí por razones que escapan a la lógica.

Entré en la casa para trabajar. Intentaba no pensar en eso, si había aparecido de la nada, seguramente la nada se lo llevaría. Mi mesa de trabajo improvisada estaba muy cerca de la ventana y cada vez que alzaba la mirada para descansar la vista aquella mancha negra se interponía en la búsqueda del horizonte. Alteraba mis nervios. Mi concentración. Intentaba convencerme de que no era nada, incluso de que iba a desaparecer de un momento a otro, pero era inútil. La escultura había inundado mi vida como no lo había hecho nada en meses.

Creo que era la primera vez que bajaba al sótano, nunca lo había necesitado. Allí estaban las herramientas de mantenimiento básico y estaba seguro de que encontraría lo que estaba buscando. Unos

minutos más tarde ya estaba en el jardín cavando un hoyo alrededor de la columna negra, intrusa, para ver si la podía sacar. Rozaba la punta de la pala con los bordes de lo que parecía mármol y no le hacía ningún rasguño. Hice un agujero del que pronto no podría salir y aun así no llegué a ver la base que la sostenía.

Caía la oscuridad y las luces que rebotaban en la superficie de aquella molesta escultura tampoco lograban emitir ningún reflejo. Desperdiqué todo el día pensando en eso. No pude trabajar. Pensar. Cada pocos minutos tenía que pasar cerca de la ventana para ver si seguía ahí, o si había algún vecino con el que pudiera discutir lo que estaba pasando.

Empezaba a valorar extremos. Tendría que irme, dejar mi retiro, mi soledad. Aunque no tenía por qué hacerlo, ese bicho no parecía hacerle daño a nadie. Ya me acostumbraría y me olvidaría. El negro de la noche había llegado para quedarse y por suerte disimulaba el incordio. Me limité a cocinar la cena, disfrutarla e irme a dormir junto a mi portátil para ver alguna película que vaciara mi mente y me permitiese caer dormido antes de que acabara.

Recuerdo que abrí los ojos y el reloj marcaba las 7:08. Lo recuerdo muy bien porque hacía mucho tiempo que no me despertaba a esa hora. Mi primer pensamiento estaba monopolizado por el intruso del jardín. Intenté ignorarlo. Fui al baño y de camino un zumbido apareció de repente navegando a través del aire de todas las habitaciones. Agudo, constante y molesto. Su volumen aumentaba a cada segundo.

Al principio me negué a tapar mis oídos, pensaba que era ilusorio o, supersticiosamente, me convencía de que alguien estaba hablando de mí. Recorrí todos los espacios de aquella casa. No quería salir, rechazaba la idea de que aquel ruido estaba relacionado con el ocupa de mi jardín, pero las posibilidades se agotaron y acabé delante de la puerta de la entrada.

Nunca supe cómo ocurrió pero al abrir la puerta el sonido desapareció en seco. El exterior era invisible; una espesa niebla inundaba las calles y ni siquiera llegaba a ver si la escultura seguía en el sitio. Comencé a caminar lentamente. No veía a más de un metro. Movía las manos como intentando despejar mi camino pero era inútil. Recorrí el césped lentamente, menos de un minuto caminando y ya había perdido el norte. Quería volver a entrar a la casa, aunque tuviera que enfrentarme a aquel ruido, pero ni siquiera podía encontrar la entrada.

Decidí sentarme. El suelo estaba muy húmedo y seguía sin ver absolutamente nada. Sentía como si alguien me hubiera encerrado en una caja fuerte. El aire era espeso y el frío empezaba a cobrar protagonismo en mi cuerpo. Quería luchar por abandonar aquella situación, así que me puse en pie. Empecé a mover mi cuerpo en círculos, con las manos extendidas a modo de ventilador. Parecía estar ganando visibilidad dispersando un poco el espesor del aire. Agitaba los brazos cada vez más fuerte, pero esta vez caminando hacia adelante, en dirección a lo que parecía ser la fachada. Llegué al sitio donde se suponía que estaba la escultura pero allí no había nada. Ni rastro. Puse las manos sobre el césped y daba la sensación de que llevaba intacto toda la vida.

Después del intenso análisis del espacio que había ocupado el visitante, me incorporé poco a poco y al levantar la mirada descubrí la ventana que daba a mi cocina. La luz interior estaba encendida y el aire exterior

me daba permiso para ver un poco más allá de los dos metros de distancia. Me acerqué lentamente sin poder creer lo que estaba pasando. Era ella. Otra vez. Dentro. Anclada en el suelo de mi cocina, sin pudor a mostrarse tal cual era. Negra opaca, carente de alma. Mis pasos cambiaron de dirección. Sentí que algo me hacía retroceder lentamente hasta desaparecer en la niebla. Nunca más conseguí encontrar el camino de vuelta. Navego ingrátido en un denso mar solitario y eterno.

